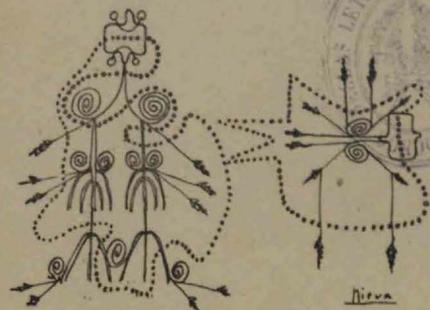


CELESTE  
CORDOBA  
ENJUTA



# CAN- TICO

CUARTO NUMERO EXTRAORDINARIO

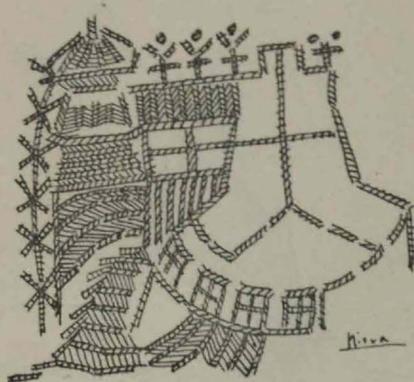


EL PRINCIPIO SIN FIN  
GABRIEL CELAYA

FEBRERO - MARZO - 1.949

# EL PRINCIPIO SIN FIN

*Ilustraciones de Francisco Nieva*



Ejemplar núm.

## GABRIEL CELAYA

## TEOGONÍA



Escucho cómo sube la marea.  
Escucho, y estoy solo.

¡Lejos de mí, lejos, ciegas pesadumbres,  
penas arrastradas por cansadas  
lenguas de luto y tedios de magnolia,  
pensamientos que nunca  
descubrieron el gozo de una rosa inmediata!  
La marea los barre—¡lejos!—y quisiera  
ser el vuelo sin sentido,  
el amor sin objeto: lo que yo, la mañana  
que, a caballo, venía por el alto escarpado,  
cantando frente al mar, ligero, sonriente,  
recogía en la brisa, presenciaba en la espuma.

Escucho cómo sube la marea.  
Escucho, y estoy solo.  
Escucho cómo sigue subiendo contra todo,  
contra mí que le opongo mi torpeza, y los días  
de corcho, y los montones de sucias cabelleras,  
los harapos que cubren raquíticas ideas,  
palabras masticadas con saliva,  
bienestares que no son la alegría,  
lentitudes que rumio con la cabeza baja.  
Escucho cómo sube la marea.  
Escucho cómo sube desnuda hacia su gloria.

Matinal, se consagra hoy aquí una belleza;  
victoriosa, levanta frente a mí su cabeza;  
me mira con sus ojos de nueva diosa antigua  
atrevidos y claros como el mar siempre abierto.  
No teme ser batida por el viento  
de los orígenes que la envuelve llorando,  
rampante, dulce, lento,  
arrastrando las sucias perezas maternas,  
los cadáveres lentos de la melancolía,  
el romper contra el odio de una fuerza que acaso  
pudo ser como ella la belleza lograda.

¡Miradla, hombres dormidos!  
¡Contemplad su presencia libre al fin, decidida:  
El cuerpo estremecido alzándose en los claros  
prados donde flotan músicas de fuego!  
Vuelo sobre el abismo,  
dalia que tan sólo con un color llena el día,

eras tú quien nacía  
del tartamudo caos de mi oscura vida,  
de este vaivén de siglos desdentados que rumían  
su ser sin destino,  
de este toro de pena y esta masa de sangre  
que se encierra en el cuerpo como una sangre gruesa,  
y en nuestras pobres vísceras que tercamente insisten.  
Y eras tú que adoptabas disfraces grotescos  
—¡tú, mi escandalosa!—  
para espantar estetas, gorriones y obesos  
sentimentalimos de voz aflautada.

Tú remontabas, joven,  
el cansancio, la angustia, los despojos, los días  
quizás mal vividos,  
los súbitos caprichos, las espesas  
fluideces de lo no confesado,  
la vergüenza con cara de loca  
y los labios pintados,  
la melancolía macerada con flores  
entre las semanas de color indistinto,  
las atribuladas lenguas de lluvia lenta,  
la ceniza barrida por la racha del odio,  
y las mentiras dichas—sé—sin alegría,  
y los convencionales trajes, y los saludos falsos  
que cuelgan tristemente como un pingajo inútil.

Estabas, sí, tú estabas—¡oh nueva diosa antigua!—  
presta siempre al milagro de la ola en la playa,  
presta a ser en el caos de esta sombra amasada  
la súbita blancura dorada que hoy me crece.

Estabas. Y eras fuerte;  
seguras tus caderas, tus senos, tu mirada,  
tu abundante cabello que caía en mis brazos.  
Estabas inmediata, viva, mí presente,  
estabas y venías a mí con la marea.

¿Nacen así los dioses, justo en las tinieblas  
del hombre acobardado?  
¿Es preciso abismarse para ver esa clara  
ligereza en el aire?  
¿No es fácil la sonrisa? ¿No es inmediato el canto?  
¿Debemos todavía volver a los errores  
para impulsarlos vivos?  
¡Oh dioses!, ¿es preciso  
que también los demonios vivan en nosotros?  
¿Es que sólo en el odio halla el hombre una fuerza,  
sólo en una tristeza un amor suficiente  
y un fecundo adentrarse que al fin da con vosotros?  
¿Hay que abrir el abismo para ver vuestros cuerpos  
que destacan contrarios su perfil contra el fondo  
de las confusas ondas del iris nocturno  
más tampoco tienen un nombre enunciable?

¡Oh sois! ¡Oh sois, y basta!  
Venís hacia nosotros radiantes y seguros  
no importa desde dónde ni a costa de qué muertes;  
venís desde el dolor, bellos y luminosos;  
sonriendo indecisos, y en el fondo temiendo  
que no seamos fuertes  
para esa dicha pura sin razón ni objeto.

## OCTUBRE

Bajo las nubes grandes del amor tempestuoso,  
cuando viene entre dulces  
y mortales perfumes la desmedida dicha,  
o cuando invaden lentas,  
rojo oscuro y ancho, las olas de Octubre,  
me afirmo en mí mismo  
y arranco a un vacío donde caen en dulzura  
la eternidad estéril, los hastios vagos,  
el puro sí de Dios, la sed de Dios que absorbe  
y hoy pienso en esta costa  
de blancas piedras lisas y lluvia acompañada.

¿Es fugaz mi victoria?  
No me importa. Me basta  
este mundo nacido de la sed de un minuto.  
¿Es acaso mi sangre

algo más que la prisa de un deseo encendido?  
¿Y qué son estos versos sino un poco del vuelo  
que levanta el vivir o agonía del hombre?  
¿Qué es la luz sino fuego  
destructor levantado un instante hacia llama?  
¿Y qué, mi inteligencia?  
Sólo una furiosa rapidez que asalta  
la materia segura, la paz sin objeto.

Sólo así me sostengo  
por encima de un sueño que me invita al descanso.  
Sólo así te recuerdo, tremendo, adorable,  
¡oh Dios, Dios del salmista,  
Dios terrible, iracundo frenético, impaciente,  
Dios negro entre los rayos  
que hieren y dejan solamente temblando  
un amor transparente,  
mi levedad o acaso solamente ese tilo  
rubio y alto que miro!

Así, toda mi furia ¿qué arrancará al abismo?  
Quizás las explosiones de unos gozos breves,  
quizás las tardes hondas de Septiembre en la playa,  
pasear por el muelle viendo las vagonetas  
de carbón y de hierro, de algodón, de materias  
sabrosas y espesas,  
y oír silbar las grúas de sopro sofocado,  
conversar con marinos que agotaron el llanto  
en travesías largas,  
llamar a mi buen perro que, azotándose el flanco,  
miraba un horizonte de rosa entreabierto,  
caminar por la arena, por asfalto mojado,  
por elástica arcilla,  
entre extáticos pinos que se funden y pierden,  
subir cien escalones y al entrar en mi casa

ponerme mi batón y aspirar un perfume  
de geranio cansado;  
tumbado, oír el mar detrás de los cristales,  
la sirena de un barco y el crujir de unos leños;  
mirar el humo azul, la noche azul y leve;  
decirme: hoy he vivido,  
hoy soy feliz, hoy creo.

Así, libros, recuerdos, amigos, soledades,  
paisajes, horas lentas de una labor inútil,  
voy echando a este fuego de un pequeño entusiasmo.  
¿Hay acaso otra vida más alta que este engaño,  
que arder en la impaciencia, y el dolor y la duda,  
y hojear libros gruesos de autores olvidados,  
pasear de mi casa a esa playa batida  
por un viento de otoño,  
afirmandome siempre y avivándome en llamas  
que yo mismo atizo?

¡Oh sí, oh sí! Debe avanzar el hombre  
dando sí a la vida,  
dando sí como gritos o jacintos abiertos.  
Así, ¡oh Dios, Dios mío!, venciste tú el abismo;  
así dijiste sí por decirte a tí mismo:  
quisiste ese dolor de ser algo o ser tuyo,  
distinto y erizado, y ardido, tan ardido  
que nada era pequeño,  
ni la hierba mansa junto a las rosas locas,  
ni las nubes leves sobre el monte rojo.

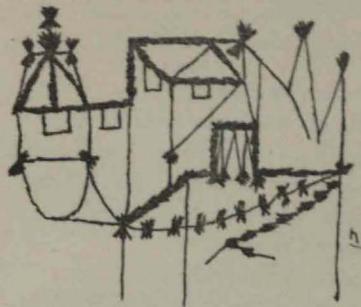
Así somos nosotros, la misma primavera,  
las flores en el aire, las estrellas inquietas,  
los ojos compasivos, las trémulas balanzas

del dolor y la dicha,  
los mares que golpean y ganan a la nada  
sus olas una a una.  
Así también prefiero no ser indiferente,  
escribir a un amigo  
acerca de opiniones que sé sin gran sentido,  
esforzarme en trabajos que no tienen objeto,  
leer libros absurdos de ilustres pensadores,  
arder, arder, arder, porque sí, para nada,  
en el hermoso fuego de algún tonto entusiasmo.  
Pues sólo así se vive. El resto en torno es muerte.

No pido otra alegría. No me confieso triste.  
No espero. No me canso. No vivo resignado.  
Yo afirmo y afirmo con mi sed y mi vida,  
con mi amor, con mi furia,  
con mi sangre que se alza como un incendio hambriento.  
Porque sé que le robo a la nada este grito  
que se cubre de rosas,  
porque sé que mi vida por ser vida es conquista,  
digo sí a lo pequeño, lo incompleto, lo vano,  
digo sí al sufrimiento.

¡Oh, ten el heroísmo  
de ser la zarza ardiendo donde Dios se aparece!  
¡Oh, no serás dichoso  
más sabrás que estás vivo!

## MISIÓN



Si cierro los ojos, vuelves  
delicia sin orillas o curvo deleite,  
mujer desvanecida, sin contornos, tan suave  
como la brisa pasa cansada a media tarde,  
como tu te deslizas o, siguiendo, te pierdes  
en música, lo mismo  
que una sirena acaba en forma de pez largo.

Deleite prolongando—¡oh sierpe!—mujer siempre,  
melancolía pura sin pausa ni objeto,  
cabellera mojada, torrente de aromas  
que va derivando  
por este cauce estrecho que un dolor seco araña  
y tú llenas, oliendo, retardada en caricias.

Pero yo te rechazo.  
Mi misión de hombre invoco:  
Sentir que Dios palpita debajo de mis versos  
y que cuenta mis pasos cuando camino solo.

¿Qué saben las mujeres?

Las mujeres se arrastran friamente dulces.  
Serpientes sin cabeza que un vasto amor prolonga  
son suaves y estiradas como días sin fecha  
de caucho liso y lentas tinieblas niveladas.  
Las mujeres no saben.  
Sabe el hombre que pone  
duro y seco el cauterio de su fuego en la herida  
por donde se desangran a los siglos, a nada.

Mientras ella dormía,  
yo huí. Era de noche.  
Escapando a caricias que, largas, se espesaban,  
escapando a las cálidas aves perezosas,  
—¡oh mujeres!—huí,  
salté a un mundo difícil,  
perseguido por canes con saliva amarilla,  
por retardatarios compromisos y flores  
sucias de olor triste.

Brillaban las estrellas muy cerca de mi anhelo,  
palpítaban heridas de luz cruda y doliente,  
y abandonaba un canto flotante la noche  
como un amor o un labio con temblor fugitivo.

Y supe que Él estaba  
—mi amigo, mi exigencia—  
y supe que era Dios y allí esperé de frente,  
y mi sangre agolpada de cada instante hacía  
un corazón distinto, cien corazones locos,  
destellos que tan sólo si es de noche crecen.

Poco me queda ahora y no es un sentimiento.  
Tengo sólo una ausencia; tengo la fe y el fuego:  
La fe delgado sigue caminos secretos;  
el fuego es como un ala que ha olvidado su vuelo.  
Me sofoco y la noche contraria dispone  
tranquilas estrellas, sus constelaciones,  
fríos luminosos que la mujer ignora.

No huelen las magnolias.  
No huelen ya las largas cabelleras sensuales.  
El espacio me abre su immaculado limbo.  
¿Qué saben las mujeres?  
Las mujeres no saben desprenderse de un fango  
de piedad, y fervor, y dolor, y caricias,  
ser tan sólo ellas mismas,  
ser en sí contra todo  
como yo si Te miro cuando salgo a la noche  
toda pura de estrellas.

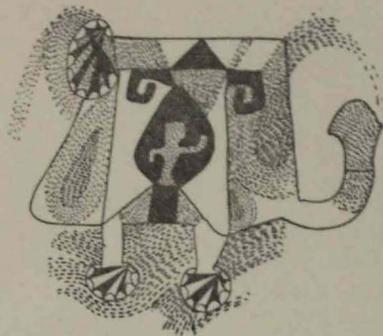
Y te acercas, terrible, increíble, sin rostro,  
y entonces nada entiendo,  
y entonces te arrojo mi sangriento despojo,

la carne que hundía mi ser en mi amada,  
el punto en que corto melancolías largas,  
y mis mentiras blandas,  
y mis fuegos lentos como flores abiertas,  
mi macerada vida, mi placer, mi agonía.

Hoy combato con furia, con odio religioso  
y, en el combate, crezco.  
Horas claras y duras. Horas estelares.  
(La mujer nada sabe).  
Despierto, recuerdo que he nacido en su sombra  
mas desde el principio  
luchando, sabiendo que tenía otro nombre,  
que aunque tanto la ame debo de matarla,  
que por ser un hombre  
soy de un Dios y de un mundo macho y sin ternura.

Las mujeres no saben.  
Yo lucho. La voz duele.  
Las mujeres no saben que en esta hora al hombre  
le trabaja esa culpa sin perdón con que se hace.

## M U J E R



Esas nubes amadas se hacen al fin estatuas.  
Si acaricio, doy forma  
y, en el azul, desnuda como una diosa antigua,  
estás tú, sólo bella.

Más si viene la noche  
si una brisa te envuelve dulcemente axfisante,  
vuelves al mar confuso donde tomaste origen,  
ola fresca y sonora que rompe alegremente,  
toda rubia, y luego  
ancha y derramada  
como una madre llega al fin de las palabras,  
sonríe piadosa.

## TEMPLE VITAL

*a Concha Zardoya*

¡Qué bonito es vivir!  
Sentir cómo golpea aquí la vida ciega,  
una pura alegría que quisiera extenderse  
y, aún más dentro, romperse,  
y en el aire y el árbol  
estallar exultante de canciones y glorias.

Dentro de mí golpea.  
¿Para qué? Para nada,  
para irse perdida por un mundo cambiante,  
veloz pájaro suave,  
ese amor, ese río,  
ese amor que nos nace desde dentro y prosigue  
más allá de nosotros, a lo informe volviendo.

## EL BAÑO

*a Rafael Laffón*

La arena entre los dedos:  
minutos impalpables o milenios fugaces;  
el rosa inmenso y fresco palpitando por dentro:  
una gloria que irradia;  
el mar festivo y bronco de alegría inmediata:  
las olas, unos senos...

¡Tan fríos cuando entro!  
La rodilla es un ramo de escalofríos raros;  
los muslos, una nube;  
y al llegar hasta el sexo, libre ya de secretos,  
la contracción del mundo y el deseo inmediato:  
Reír de gozo y miedo.

Dentro de la brisa no sé qué se me escapa:  
tiene voz, tiene ojos,  
tiene sobre todo distancia acariciada.  
Dentro de la ola hay aún más secreto;  
tiene sombra; no entiendo.  
Si ella me tiene entero, yo no la tengo en nada.

¡El mar, el mar!—hoy grito.  
¡El mar, el mar!—hoy vuelvo.  
El mar nunca agotado, tranquilo y poderoso.  
El mar rojo de oro y azul de sombra espesa.  
¡El mar, el mar!

Y entonces  
creo entenderlo todo.

## MAGNA MATER

a Enrique Azcoaga

Tu anchura rubia,  
hermosa  
más que todas las mujeres.

Tu pausa,  
tu segura  
fuerza que no se apresura.

Tu obediencia,  
tus lentos  
trabajos que completan los ciclos de los astros.

Tu vida.  
Y más que vida,  
tu muerte que da vida.

Tu infinita paciencia,  
tu perdón,  
tu paz vasta.

¡Cómo esperas, acoges,  
y respiras, germinas!  
Cómo maduras!

Y el calor de tu sombra,  
y el fruto, el sol, la calma,  
y esos pasos sin ruido del reloj que da vueltas.

## ARBOL

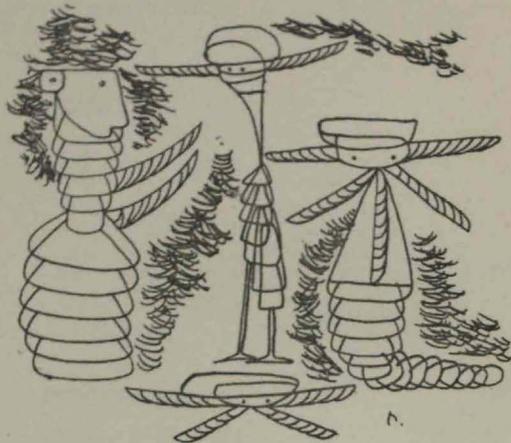
*a Victoriano Crémer*

Sus ramas ya sin hojas,  
las raíces al aire de un cuerpo desgarrado  
y, a su través, el viento  
que limpia en las estrellas el brillo más desnudo,  
diamante de mil muertes, sistema más que árbol.

Volverá sin embargo,  
volverá todavía a un lento fuego verde  
y a un error (o esa copa  
con un tenue murmullo de vida que insiste),  
y a dulcísima queja  
de follajes que en suave confusión le prolongan.

Volverá. Volveremos.

## EDIFICACION



a Trinidad Sánchez Mercader

He roturado sendas. He derribado troncos.  
Los pinos heridos olían en vivo  
y un sol rojo venía rastreando nuestra hondura  
mortal, sobre las landas.

Diminutas orejas en la madera oían  
su lento crecimiento secular y cansado;  
dímínutas, mis manos empuñaban el hacha,  
combatiente me erguían en un claro de tierra.

He derribado troncos. He roturado sendas.  
Eso es la cultura (siempre un heroísmo).  
Hay sol rojo, materia, y yo en Dios me edifico  
y el árbol tempestuoso de mi sangre derribo.

## EGLOGA

a Fernando González

Rubio, fuerte, manso,  
triste sin melancolía  
como el mediodía,  
lento como la tierra,  
toscas las manos que parten  
el pan y abarcan el seno  
maternal de Ceres,  
Menalcas apacienta sus grandes vacas rojas  
frente al mar: estupor  
de luz en la inmensidad.

¡Oh mar, oh campo, oh bestias!  
¡Oh siesta, pesadumbre

del cuerpo poderoso que, ahora, inerte,  
se cubre como de una enfermedad de cantos  
monótonos y vagos,  
mientras la tierra sueña,  
muje lenta  
como una vaca triste que esperara  
la fecunda inquietud de la estrellas,  
la sagrada  
palpitación escondida,  
el amante  
nocturno que no dice su nombre!

## EL CONOCIMIENTO

•Y conoció Adán a su mujer Eva•  
Génesis, 4.

Porque el hombre siempre busca,  
combate seco, desgarrado  
una dulce materia femenina,  
receptiva, sin forma, sin intención ni dueño.

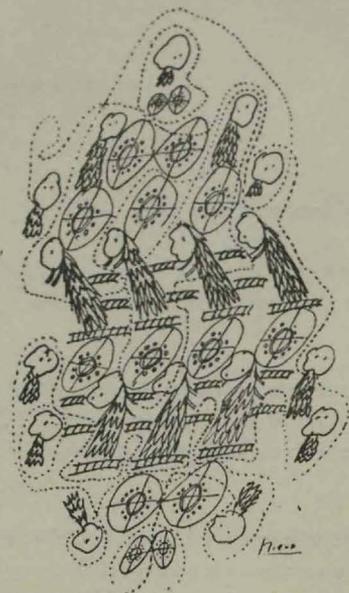
Más ellas son siempre suaves, siempre madres, y lloran  
con su piedad difusa, su equívoca delicia,  
su no pertenecerse totalmente a sí mismas.

Ellas esperan la gracia. Ellas perdonan, ofrecen  
jardines y sonrisas—o la infancia: el descanso—,  
ellas que flotan mecidas en un inefable encanto.

Pero nosotros, hombres, cara a cara luchamos,  
bien abiertos los ojos frente al vago infinito  
contra melodías que ablandan los huesos.

Nosotros bien definidos,  
nosotros solos, macizos,  
nosotros en cuerpo entero entregados a una empresa.

Que sí, porque sí, nosotros  
contra equívocos, sonrisas, velos y vagos ensueños  
penetramos en su carne,  
las abrimos, las amamos para matar su secreto.



## AMOR DE HOMBRE

a José Suárez Carreño

Mi estricta voluntad, mi punta seca  
que está domando en ella  
oceánicas pasiones con un rumor antiguo.  
El cauterio que aplico  
a una anchura arcaica que informe palpita.

Si hiero, mato, engendro.  
(Su exánime sonrisa me conmueve y excita).  
Si la acaricio, mido,  
sujeto sus equívocos y todas  
las suavidades sumas que a la nada convidan.

Hasta que, al fin, en sangre,  
en sombra, espasmo y nada,  
en su solo sí misma,  
en mí ir traspasando mis propios sentimientos,  
la obtengo, mato, muero.

## INDICE

<i>Teogonía</i> .....	Página	5
<i>Octubre</i> .....	•	9
<i>Misión</i> .....	•	13
<i>Mujer</i> .....	•	17
<i>Temple vital</i> .....	•	18
<i>El baño</i> .....	•	19
<i>Magna Mater</i> .....	•	21
<i>Arbol</i> .....	•	23
<i>Edificación</i> .....	•	24
<i>Egloga</i> .....	•	25
<i>El conocimiento</i> .....	•	27
<i>Amor de hombre</i> .....	•	29

SUSCRIPTORES DE HONOR

DE

CANTICO

Luis Ortiz Muñoz  
Perfecto García Conejero  
Pilar Sarasola  
Mario López  
José M. González del Campo  
Rafael Laffón  
Francisco Poyatos  
Julio Aumente  
Pedro Pérez-Clotet  
Miguel Aguirre  
Joaquín de Entrambasaguas  
José Diéguez  
Fernando Labrador Calonge  
José Alcántara  
Octavio Díaz Pinés  
Juan Carandell  
Xacier Criado  
Carlos Cañal  
Francisco Quesada  
Manuel Barbadillo  
Carlos Rodríguez Spiteri  
Anónimo de Madrid  
Faustino Fernández-Arroyo  
Emeterio Gutiérrez Albelo  
José Luis Estrada

Hojas de Poesía

dirigidas

por

Ricardo Molina

Pablo García Baena

Juan Bernier